Elvira o La novia del Plata

Esteban Echeverria



Belleza celestial y encantadora; inefable deidad, que el mundo adora, que dominas el Orbe, y das consuelo, inspirando con pecho generoso el sentimiento tierno y delicioso, que os prodigara el Cielo,

5

a vos invoco: favorable inspira el canto melancólico a mi Lira de amor y de ternura, y un nuevo lauro a mi triunfal corona la Beldad ciña Numen de Helicona de mirto y rosa pura.

10

Alza gozoso, vos, casto Himeneo, y halagüeño el semblante, que ya veo a tus humeantes aras con rubor acercarse tierna y bella a consagrarte timida doncella de amor primicias caras.

15

Cándídos y amorosos corazones en tu altar sacrosanto nunca dones más puros ofrecieron, para volver a tu deidad propicia, y del tálamo dulce la delicia gozar que pretendieron.

20

La aureola celestial de virgen pura, el juvenil frescor y la hermosura los encantos de Elvira realzaban, dando a su amable rostro un poderio, que encadenaba luego el albedrio de cuantos la miraban.	30
Sus ojos inocencia respiraban, y de su pecho solo se exhalaban inocentes suspiros, hijos del puro y celestial contento, que de las dulces ansias vive exento del amor y sus tiros.	35
Mas vio a Lisardo, y palpitó su pecho de extraña agitación, y satisfecho se gozó enardecido, cuando de amor arder la viva llama, que con dulce deleite nos inflama, sintió, no apercibido.	40
Como la planta que al Favonio aspira, que en torno de ella regalado gira, nueva existencia siente; asi Lisardo al ver de su querida el amante cariño, nueva vida sintió en su pecho ardiente;	45
el noble orgullo se amparó de su alma, del que adornado de triunfante palma se avanza entre despojos,	50

y un mundo de risueñas ilusiones, de esperanzas felices y ambiciones, se reveló a sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,	55
y fácilmente con amor cautiva	
la beldad inocente,	
cual céfiro apacible con su arrullo	
halagando a la rosa en su capullo	
meliflua y dulcemente;	60

así el amor el sentímiento inspira,
y asi Lisardo el corazón de Elvira
poseyó satisfecho:
amáronse, y creciendo su ternura
apuraron delicias de ventura
con inocente pecho:

así pasaron en amantes juegos
largo tiempo felices, y sus fuegos
y su pasión crecieron;
uno era su sentir, y cual hermanas,
con inefable hechizo, soberanas
sus dos almas se unieron.

///

Tu serás mia, tierno decia Lisardo a Elvira; aunque el destino cierre el camino de mi ventura, la pura llama que al Sol inflama 80 antes, Elvira, que mi ternura se extinguirá. Serás mi esposa, y el Himeneo 85 nuestro deseo satisfará; que aunque el destino cierre el camino de mi ventura, 90 la llama pura de mi ternura no extinguirá,

IV

Asi Lisardo de su dulce amiga	
la esperanza halagüeña alimentaba,	95
y con ardua fatiga	
el campo de las ciencias exploraba,	
para volver a el hado más benígno,	
y arrancando un favor a la fortuna,	
que contraria le fue desde la cuna,	100
de su mano y amor hacerse digno.	
en tanto una mirada de sus ojos,	
de su boca risueña un dulce beso,	
hurtado a la inocencia entre sonrojos,	
aligeraban de su afán el peso,	105
y llenaban su ardiente fantasia	
con la imagen feliz y encantadora	
del venturoso dia,	
en que triunfando su pasión constante	
del ingrato destino,	110
apurase en el tálamo divino	

V

Era de primavera un bello dia,	
cuando el 8ol en la esfera	
más rutilante y majestuoso impera;	115
cuando el campo se viste de verdura,	
y risueña y brillante la natura	
ostentando su fuerza y lozania,	
nos convida al placer y la alegría.	
En el jardin ameno,	120
que vio nacer sus plácidos amores,	
respirando el aroma de las flores,	
y a la sombra sentada	
de una fresca enramada,	
Elvira recorria en su memoria	125
la deliciosa historia	
de sus amores, y la vez primera,	
dia también de riente Primavera,	
en que a Lisardo vio, y estremecida	
se sintió palpitante	130
su corazón amante;	
y en tan dulces recuerdos embebida,	
de gozo suspiraba,	
y su angélico rostro se animaba,	
mostrándose más bello	135
con el fugaz destello	
del júbilo que en su alma rebosaba;	
mas vagó de repente	
en su risueña mente	
como triste y fatal presentimiento;	140
oscureció el pesar su alegre frente,	
y asi cantó con melodioso acento	

Creció acaso arbusto tierno a orillas de un manso rio, y su ramaje sombrio muy ufano se extendió; mas en el sañudo invierno subió el rio cual torrente,	<i>145</i>
y en su túmida corriente el tierno arbusto llevó.	150
Reflejando nieve y grana nació garrida y pomposa en el desierto una rosa, gala del prado y amor; mas lanzó con furía insana su soplo inflamado el viento, y se llevo en un momento su vana pompa y frescor.	<i>155</i>
Asi dura todo bien; asi los dulces amores como las lozanas flores se marchitan en su albor;	160
y en el incierto vaivén de la fortuna inconstante nace y muere en un instante la esperanza y el amor.	165

Cuando el triste infortunio nos amaga, su imagen melancólica divaga, cual sombrio fantasma ante los ojos, y como si temiera sus enojos, 170 a su pesar el corazón empieza a presentir el mal en la tristeza. Asi pensó Lisardo, que escuchaba con asombro y encanto de Elvira el triste canto; 175 y acongojado, y con inciertos pagos a consolar su pena se acercaba; mas violo Elvira, y se arrojo en sus brazos, hechizadas sus bocas se encontraron, de jubilo sus pechos palpitaron, 180 y en deliquios de amor, dulces abrazos, mundo, pesar, temor, todo olvidaron. ¿Quién a mi Lira, o a mis versos diera la fragancia amorosa y hechicera, que en la mansión de amor se respiraba, 185 o a mi marchito corazón el fuego, que en dias más felices lo animaba...? Más angélica nunca y rozagante, más amable, más tierna, más hermosa, más llena de atractivo y amorosa 190 se mostró Elvira a su feliz amante. Angel, astro benigno, o clara estrella nunca resplandeció más pura y bella a los ojos del triste caminante. El jazmin albo y la purpurea rosa 195 con su matiz brillante disputaban el premio a los sonrojos de realzar sus cándidas mejillas y languidez amable de sus ojos el fuego moderaba, 200 y su dulce atractivo relevaba; mientras que de su sien por las orillas en madejas ondeantes sus cabellos airosos se extendian.

y cual oro entre perlas relucian.	205
Un fuego devorante	
corria de Lisardo entre las venas	
al apurar de Elvira las caricias,	
y nadando en delicias	
palpitar se sentian sus dos pechos.	210
Sus ardientes suspiros se mezclaban,	
y sus trémulos labios se abrasaban	
en mutuo fuego ¡Celestial deleite,	
éxtasis del amor, dulces primicias	
de la ternura fiel y encantadora,	215
cuan gratos soís al corazón que adora!	
Lisardo rebosando	
de júbilo y ternura	
le dijo: «Amiga, compasivo el cielo	
al fin colma mis votos y mi anhelo;	220
la fortuna enemiga, que en su infancia	
con envidia miró nuestros amores,	
ha cedido por fin a mi constancia,	
Aunque con mano avara, sus favores,	
y tu feliz amante	225
a par su mano en holocausto digno	
puede ofrecerte un corazón constante.	
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mio	
que al amor yo consagro, pues benigno	
su activo fuego al corazón dio brio.	230
Él me inflamó: su abrasadora llama,	
cuando mirė tu perfección divina,	
y consagré a su culto mi albedrio,	
a mi existencia dio una nueva vida,	
y me inspiró, a la par del sentimiento	235
el tierno y generoso pensamiento	
de idolatrarte esposa,	
de ser feliz, y hacerte venturosa.	
Unida a tu existencia está la mía	
Por siempre, Elvira, desde aqueste dia,	240
este anillo nupcial ligue propicio	
con lazo indisoluble nuestros seres,	
hasta el dia feliz en que Himeneo	
ante el ara sagrada	
consagre nuestra unión entre placeres,	245
corra el tiempo veloz anonadando	
,	

cuanto encuentre en su rápida carrera;	
yo nada temo su terrible mando,	
pues cuanto adoro, y cuanto amé poseo.	
Prodigue la fortuna sus favores	250
al que anhela riquezas, o victorias,	
que Lisardo feliz ya nada espera	
de su vaivén, ni ambiciono más glorias	
que ser querido, idolatrar a Elvira,	
consagrarle su vida y sus amores.	255
Nuestras almas, Elvira, abandonemos	
a los transportes del amor supremos;	
huya de tu halagüeña fantasia	
la imagen del pesar; su saña impia	
ya no puede alcanzarnos, pues que unidas	260
nuestras dos almas vivirán por siempre.	
Durará nuestro amor; ya la esperanza	
nos sonrie halagüeña,	
y la senda florida nos enseña,	
por do a su fin declinen nuestras vidas	265
en calma siempre y prospera bonanza.	
Nuestras almas, Elvira, abandonemos	
a los transportes del amor supremos,	
al júbilo, al placer y a la alegria,	
tuyo por siempre soy, y tú eres mia.	270
Mas ¿qué pesar recondito y tirano	
acibara tu gozo, Elvira mia?	
¿Por qué tristes tus ojos y sombrios,	
esquivan mis miradas? ¿Por qué vuelves	
a otra parte su encanto soberano,	275
y no segundas los transportes míos?»	
«Mi corazón, mi vida, mi albedrio,	
toda yo tuya soy, Lisardo amado;	
y aunque el destino airado	
separe acá en la tierra nuestra suerte,	280
anonadando nuestra gloria impio,	200
tuya serê, triunfando de la muerte.	
Mas no sé qué fatal presentimiento	
acibara hoy mi dicha y mi contento,	
y en secreto me dice: «Tus amores	285
finarán pronto, Elvira, y tu ventura;	200
del tálamo halagüeño	
el extasis de amor y de ternura	
οι οπιμοίο με μπορ γ με τερπαίρα	

no gozarás en brazos de tu dueño;	
porque el amor y la esperanza es sueño,	290
y cual la flor del campo solo dura».	
Yo no sé qué fantasma nos rodea	
de infortunio y pesar, y nuestras glorias	
amaga devorar en un momento.	
Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro	295
ante el ara de Díos, y el simulacro,	
va a unirme a ti con titulo de esposa,	
y vacila mi planta temerosa,	
cuando anhelante el corazón desea.	
Impresa aún en mi mente veo y siento	300
la imagen de fantasma tenebrosa,	
que anoche vino a mi tranquilo lecho	
a conturbar y acongojar mi pecho.	

VIII

«Yo vi en mi sueño	
dos corazones	305
de amor ufanos	
y juventud,	
que se buscaban	
como atraidos	
por un hechizo	310
de gran virtud,	

El Himeneo
iba a enlazarlos
con el anillo
del puro amor, 315
y ellos ardientes
se encaminaban
a la ara augusta

Mas de repente	320
el negro brazo	
de un esqueleto	
que apareció,	
su mano en medio	
de los dos pechos	325
puso, y con furia	
los separó.	
A unirse ansiosos	
buscaban ellos,	
ardiendo en fuego,	330
del puro amor;	
pero la mano	
los separaba,	
interrumpiendo	
su dulce unión,	335
Tocolos luego	
los corazones	
se marchitaron	
como la flor,	
y en el semblante	340
del negro Espectro	
turbia sonrisa	
fugaz vagó».	
Frankiska tutan a 111	
«Esas tristes imágenes olvida,	•
Visiones de la mente en desvario;	34

huya de tu halagüeña fantasia la sombra del pesar, Elvira mia,

pues tu destino al mio,

colmando nuestros votos y deseo, va a unir por siempre plácido Himeneo nuestras almas Elvira abandonemos al júbilo, al placer y a la alegria, a los transportes del amor supremos tuyo por siempre soy, y tú eres mía».

350

IX

Lisardo solo en su campestre albergue	355
los pasos melancólico contaba	
del tiempo, siempre lentos	
para el que halaga la esperanza vana.	
La noche era sombria, triste el cielo,	
y cubierto de nubes, anunciaba	360
la tempestad, y solo por momentos	
la luna melancólica asomaba,	
como funebre antorcha sobre el mundo	
su amortiguada faz, mientras profundo	
el eco de los vientos resonaba,	365
penetrando con lúgubre silbido	
de Lisardo en la estancia, que transido	
de congoja y terror te estremecia.	
Mil imágenes tristes revolvia	
En su agitada mente,	370
y en vez de rostro afable	
de la esperanza riente	
que otro tiempo en silencio lo halagaba,	
atónito y confuso solo via	
el de fantasma tétrica y sombria,	375
que su pecho constante	
del de su Elvira amante	
con furor separaba,	
y con ojos de envidia devoraba	
su gloría, sus amores y ventura.	380
Vagando por los aires mustiamente	
pareciole que oia	

acento funeral que repetia:	
«Como la flor del campo tierna y pura	
asi el amor y la esperanza dura».	385
Y el eco de los vientos resonando,	
penetraba con fúnebre armonía	
en su tranquila estancia, y poseido	
Lisardo de terror se estremecia.	
El fatidico bronce sonó la hora	390
fatal de los espiritus malignos:	
Lisardo a su balcón salió impelido	
al parecer por astros no benígnos,	
a contemplar la tempestad sonora,	
y buscar de sus ansias el olvido;	395
cuando visión nocturna de repente	
hirió sus ojos, y absorbió su mente.	

X

Del espeso bosque y prado,	
de la tierra, el aire, el cielo,	
al fulgor de fatuas lumbres	400
con gran murmullo salieron	
sierpes, grifos y demonios	
partos del hórrido averno,	
vampiros, gnomos y larvas,	
trasgos, lividos espectros,	405
ánimas en pena errantes,	
vanas sombras y esqueletos,	
que en la tenebrosa noche	
dejan sus sepulcros yertos,	
hadas, brujas, nigromantes	410
cabalgando en chivos negros,	
hienas, sanguales y lamias,	
que se alimentan de muertos,	
aves nocturnas y monstruos,	
del profundo turbios sueños,	415
precita raza que forma	
, -	

de Lucifer el cortejo:	
todos, todos blasfemando	
con gran tumulto salieron,	
de infernales alaridos 42	<i>?0</i>
llenando el espacio inmenso.	
Y el eco de los vientos penetraba,	
resonando con horrida armonia,	
de Lisardo en la estancia, que miraba	
como pasmado la visión sombria. 42	<i>'5</i>
Lucifer con cetro y tiara	
descollaba en medio de ellos,	
y los demonios cantaban	
salmos al rey del averno,	
mientras fantasmas y monstruos, 43	0
formando un circulo inmenso,	
para el sabático baile	
se preparaban contentos	
la orgia fatal comenzaba	
Mas de repente se vieron 43	5
centelleando en las tinieblas	
como serpientes de fuego,	
que por el aire trazaban	
este emblema del infierno	
«El amor y la esperanza 44	40
no son sino un vano sueño».	
Un espectro entre sus manos	
dos corazones sangrientos	
oprimia, palpitantes,	
llenos de amoroso fuego, 44	25
y con diabólica risa,	
deleitándose en poseerlos,	
los unia y separaba	
su amor burlando y anhelo.	
Y el eco de los vientos penetraba, 45	50
resonando con hórrida armonia,	
de Lisardo en la estancia, que miraba	
como pasmado la visión sombria.	
Entre la turba infernal	
reinó el silencio un momento 45	5
cuando de lumbres cercados	
dos fantasmas parecieron,	
una virgen bella y joven	

sobre sus hombros trayendo	
con las galas adornada	460
del venturoso Himeneo:	
la aparición repentina	
todos miraron atentos,	
mientras los turbios fantasmas	
con huesosos largos dedos	465
la doncella despojaron	
de sus nupciales arreos,	
y con la negra mortaja	
del sepulcro la vistieron:	
luego entre la turba inmensa	470
todos tres se confundieron,	
continuaron los aullidos,	
y los infernales juegos	
Cantó el gallo en la alquería,	
y con murmullo tremendo	475
la turba inferna de sombras	
se perdió cual humo al viento.	
Y el eco de los vientos aplacado	
penetraba con fúnebre armonía	
de Lisardo en la estancia, que pasmado	480
vio disiparse la visión sombria.	

XI

En su trono de fuego el mediodia	
reinaba rutilante y majestuoso,	
y Lisardo infeliz desde la aurora	
sumergido yacia	485
en letargo profundo y silencioso.	
despertó al fin; la fiebre consumia	
su desolado pecho, y el delirio,	
monstruo infernal que la razón devora,	
de espantosas imágenes llenaba	490
su ardiente fantasia -Ya la noche	
se encaminaba en su enlutado coche	

por el opaco empireo, y anunciaba	
encapotado el cielo	
a la tierra infeliz nuevas escenas	495
de tempestad y duelo;	
cuando molesto y grave	
bajó el sopor a adormecer sus penas.	
Pero a atormentarlo entonces	
vino la turba de engendros,	500
y tenebrosas visiones	
que aborta en la noche el sueño.	
Contemplaba ora pasmado	
bajo del nocturno velo	
la precita muchedumbre,	505
a la orgia inferna acudiendo	
ora por el aire vago	
como serpientes de fuego,	
trazando emblemas fatales	
de desolación y duelo;	510
ora entre sus secas manos	
un descarnado esqueleto	
oprimiendo palpitantes	
dos corazones sangrientos;	
ora dos negros fantasmas	<i>515</i>
sobre sus hombros trayendo	
engalanado y vestido	
de una doncella el espectro	
«Elvira, Elvira» Lisardo	
agitándose en su lecho	520
exclamó entonces, y «Elvira»	
repitió lánguido un eco.	
«Dadme a mi esposa y mi vida,	
horrorosos esqueletos,	
dadme a mi Elvira» y, «Elvira»	525
por los aires repitieron.	
Calló Lisardo: una antorcha	
brilló con fulgor incierto	
en la puerta de su estancia,	
y vio al pálido reflejo	530
joh terror! joh encanto! a Elvira	
acercarse a pasos lentos,	
de alba túnica vestida,	
suelto el dorado cabello,	

«Elvira, Elvira, mi esposa»,	535
exclamó entonces de nuevo	
transportado de alegria,	
«¿cómo es que a esta hora te veo?	
ven a mis brazos, querida	
ven a mi amoroso seno,	<i>540</i>
y disipa las angustias,	
que por ti sufre mi pecho.	
¿Por qué tan lánguida te hallas,	
hermosa flor del desierto?	
¿Es que el rigor has sufrido	<i>545</i>
de algún inflamado viento?	
¿Por qué tus ojos se fijan	
sobre mi mustios y yertos,	
del dulce encanto desnudos,	
y del amoroso fuego	550
que hechizaba mis sentidos	
y mis potencias a un tiempo?	
Algún pesar inhumano,	
algún cuidado secreto,	
envidioso de tu dicha	555
roe tu inocente pecho,	
mi Elvira, y sobre tu rostro	
vierte su infausto veneno.	
Ven a olvidar tus congojas,	
ven a mi amoroso seno,	560
ven, idolatrada amiga,	000
que ya plácido Himeneo	
ante el ara sacrosanta	
consagró nuestros afectos.	5.C.F
Pero joh placer, oh delicia!	565
Elvira mia, aún te veo	
con las galas adornada	
del venturoso Himeneo,	
deja esas joyas preciosas,	570
deja ese rubor secreto	570
que la inocencia te inspira;	
ven a mi amoroso seno,	
ven, Elvira, y venturosos	
a los transportes supremos	
del tierno amor nuestras almas	<i>575</i>
sin temor abandonemos».	

De Lisardo a los transportes	
cual si fuera mármol yerto	
yacia Elvira, guardando	
mudo y tétrico silencio.	580
«Muerta al placer es tu Elvira,	
Lisardo, que el mismo fuego	
que corria en sus entrañas,	
ha devorado su pecho.	
Una ley fatal temprano	585
ha congelado en mi cuerpo	
la sangre que por ti ardia,	
pero no ha helado mi afecto;	
y esta misma ley me obliga	
a sofocar en el seno	590
mi pasión, y cuanto encierra	
por ti de amoroso y tierno.	
Pero el rigor inhumano	
yo he burlado de su imperio,	
y cual sombra de noche	595
a verte, Lisardo, vengo:	
mi alma a la tuya está unida	
a pesar del hado adverso	
con los inefables lazos	
del amor y el Himeneo.»	600
Calló Elvira: misterioso	
reinó el silencio de nuevo,	
y suspiros amorosos	
interrumpidos se oyeron.	
«Frio está, mi dulce amiga,	605
como la nieve tu cuerpo;	
tendré el poder de animarlo	
con mis inflamados besos,	
aunque despojo insensible	
fuera del sepulcro yerto.	610
Corred torrentes	
de amor ardientes,	
¿cómo me inflama	
todo la llama	
de amor, no sientes?»	615
El voluptuoso delirio	
de amor lo transporta luego,	
y las caricias y halagos	

pábulo dan al incendio	
«¡Oh, qué delicia! ¡Oh, qué encanto!	620
jOh, qué deleite supremo,	
del objeto idolatrado	
sentir palpitar el pecho;	
beber amor de sus labios,	
bañarse en halagos tiernos!	625
Corred torrentes	
de amor ardientes,	
¿cómo me inflama	
todo la llama	
de amor, no sientes?	630
Mas joh terror! yo deliro	
Trémula, Elvira, te siento,	
insensible a mis halagos	
cuando yo todo me enciendo.	
El casto rubor sin duda	635
vierte en tu sangre su hielo.	
déjame ser venturoso».	
«Joven insano ¿qué has hecho?	
ya para ti se acabaron	
amor, esperanza y sueños	640
de felicidad y dicha;	
has abrazado a un espectro».	
Resonó fúnebre entonces	
la hora fatal de los muertos,	
y de repente en la puerta	645
del silencioso aposento	
clamó una voz imperiosa:	
«Elvira, Elvira, ya es tiempo».	
Despertó Lisardo al punto,	
y la visión de su sueño	650
como fantástica sombra	
se disipara al momento.	

El luminar del dia reclinaba su frente sereno y majestuoso en occidente, 655 y fugaz el crepúsculo esparcia melancólico velo sobre el mundo. Multitud silenciosa y pensativa en rededor de un féretro marchaba, donde mortal despojo se veia 660 cubierto con el cándido ropaje de la inocencia, y en su sien ceñida de azucenas y violas amorosas corona virginal, aun no marchita, mas de repente en medio del concurso, 665 un joven se arrojo; tendio su vista sobre el funebre ataud, y repitiendo con grito de dolor «Elvira, Elvira» exánime cayó en el duro suelo con pasmo de la triste comitiva. 670 Asi se desvanece la esperanza que dio un instante a la existencia vida, y el encanto de amor y la hermosura como flor del desierto solo dura.

